

EL NUEVO PERFIL P

UNA alianza de izquierdas ha aparecido en Francia, por primera vez desde hace dieciocho años. Una alianza precaria, circunstancial, difícil de sostener. Sus enemigos se apresuran a darle el nombre de Frente Popular con la esperanza de crear en el buen burgués un reflejo de horror, puesto que al buen burgués se le ha enseñado que Frente Popular es sinónimo de comunismo mediante estas ideas: que toda alianza en la que figure el partido comunista debe ser dominada por él, que todo político que pacte con los comunistas termina siendo prisionero de ellos. La historia de Francia no corresponde a ese dictamen interesado y apresurado. El Gobierno de Frente Popular formado en 1936 y presidido por el socialista Leon Blum fue más bien moderado, más bien tímido. Más tarde fue acusado por el mariscal Pétain —en el famoso proceso de Riom— de haber sido culpable de la derrota de Francia a manos de los alemanes como consecuencia de haber implantado la ley de reglamentación de trabajo que limitaba las horas laborables a cuarenta por semana, lo cual disminuyó la producción de armamentos. Leon Blum lo refutó desde el banquillo de los acusados alegando que la producción había aumentado en lugar de disminuir. «La Ley de cuarenta horas —dijo Blum ante sus jueces— tenía y tiene aún en mi modo de ver la enorme importancia de que representaba, en el progreso de la civilización, una atribución a los trabajadores del dividendo. Representaba las garantías, un primer provecho que los trabajadores podían cobrar, que podían percibir como su parte legítima en un movimiento de la civilización y del progreso que pertenecen a todos los hombres». El proceso tenía la doble finalidad de rechazar sobre un gobierno civil y de izquierdas la pérdida de la guerra y de considerar todo avance social como pernicioso para la seguridad del país. Este proceso jamás terminó. Fue suspendido por decreto de Pétain para complemento de información: Blum fue entregado a los alemanes, que le condujeron al campo de concentración de Buchenwald. En realidad, según el propio Blum en su proceso, el Frente Popular de 1936 no fue más que «reflejo de una defensa instintiva» frente a un peligro de guerra civil creado «por la agitación de las ligas paramilitares y el mitin del 6 de febrero», por la «prolongación de la crisis económica que agobiaba a las masas obreras, a la clase media del país y que se traducía en el desorden de los negocios, en la baja continua de los precios agrícolas y de los salarios, en el paro, en la miseria». «Incluid, pues, en vuestro informe —dijo a sus jueces— a los conjurados del 6 de febrero y de la Cagoule, los hombres que han cerrado los ojos sobre estos atentados y los que los han abierto con una complicidad secreta. Son ellos los que provocaron la coalición espontánea de las masas populares, siempre apasionadas, aferradas a la libertad. La repercusión directa sobre la derrota resulta entonces sensible, pues estas intrigas facciosas han agravado la división del país, alterando su confianza en él, comprometiendo su capacidad de resistencia en el peligro».

Traigo aquí estos antecedentes (que pueden ampliarse con un libro publicado en España, las interesantes «Memorias» de Leon Blum, Editorial AHR, Barcelona 1956) para explicar el origen de algunas de las críticas históricas que se hacen pesar en Francia sobre el concepto de Frente Popular. (Existen también críticas que parten de la extrema izquierda; se acusó a Blum de que la escasez de su ayuda a sus colegas del Frente Popular español y su falta de aliento frente a la Alemania de Hitler provocaron la posibilidad de la segunda guerra mundial.)

SIN embargo, la nueva coalición de la izquierda francesa no tiene relación con un verdadero Frente Popular. No se trata de una unión de partidos sobre un programa común de Gobierno. Tal programa no existe. Existe lo que con lenguaje tomado de los Estados Unidos podríamos llamar «plataforma electoral» de un candidato a la Presidencia de la República, François Mitterrand, que tiene la etiqueta de centro-izquierda, y recibe naturalmente el apoyo del partido radical, más el apoyo de los socialistas que se han quedado sin candidato válido —como consecuencia del fracaso de Gaston Defferre en formar una liga de izquierdas—, y que acepta —simplemente, acepta— los votos comunistas. Los cuales, a su vez, deciden «hacer campaña por el éxito de la candidatura de Unión Democrática de François Mitterrand», como consecuencia de que «sus opciones fundamentales concuerdan en numerosos puntos esenciales con las sugerencias y propuestas sometidas por el Partido desde hace mucho tiempo y expresadas de nuevo el 8 de septiembre a las formaciones y partidos democrá-

ticos» (Resolución del Comité Central del P. C. F. del 23 de septiembre). Los puntos que enumera la resolución como base del acuerdo son los siguientes: «Se pronuncia (Mitterrand) por una revisión de la Constitución degolista, por la supresión de los artículos que consagran el poder personal, por la responsabilidad del Gobierno ante el parlamento, por las libertades públicas e individuales —especialmente las libertades sindicales y el derecho de huelga—, contra el uso de la televisión con fines de propaganda. El candidato a la Presidencia de la República ha criticado la Europa de los monopolios y los tecnócratas, se ha pronunciado contra la «force de frappe», en favor de una política de la coexistencia pacífica, por la firma del Tratado de Moscú sobre prohibición de ensayos nucleares, contra el tratado de alianza, contra los revanchistas alemanes por la solución del problema alemán mediante un tratado de paz y por la reconsideración del tratado de la OTAN. Se ha pronunciado por una nueva planificación democrática contra la injusta repartición de los frutos del trabajo, por el laicismo en la escuela y por la prioridad que debe concederse a la Educación Nacional».

La lectura de la conferencia de prensa en la que Mitterrand explicó su «plataforma» electoral ofrece bastantes más matices de lo que puede dar a entender el resumen hecho por el P. C. F. Mitterrand tiene ahora que jugar con una enorme habilidad en todas sus declaraciones para, al mismo tiempo que mantiene los votos comunistas, no perder votos situados más a la derecha en su propio partido y en la agrupación socialista. Por ejemplo, cuando se refirió a la reforma de la OTAN advirtió que los propios Estados Unidos son partidarios de dicha reforma; cuando trató de la alianza atlántica tuvo que hacer la observación de que el propio Kruschef no la consideraba incompatible con la coexistencia pacífica. Para tranquilizar a la derecha, Mitterrand proclama que no hay que pensar en revisar las actuales estructuras económicas, y menos en llegar a ninguna clase de colectivización; que no hay que pensar en ninguna conversación «de partido a partido» —excluyendo así un programa conjunto con los comunistas—; que Europa «es una de las mejores esperanzas que puedan proponerse a nuestra juventud; y, además, es necesaria». Para captar a la izquierda le basta con manifestarse antiatómico, enemigo del poder personal, contrario a la «force de frappe», defensor del nuevo parlamentarismo. Mitterrand, en suma, expone los grandes ideales de la masa más joven del país, se propone a sí mismo como el principio de una nueva era que habrá de construirse a partir de la derrota de De Gaulle. Es el hombre que «hunde las puertas —según su propia expresión— para que puedan volverse a encontrar, en la casa, así abierta, todos los demócratas y todos los republicanos». Durante los tres meses que quedan de campaña, Mitterrand tendrá que esforzarse en no tocar las contradicciones que existen en los grupos que le apoyan. Por eso la alianza recién formada es precaria. Si ganase Mitterrand, podría deshacerse al día siguiente mismo de las elecciones, cuando llegase el momento de formar gobierno.

CUANDO Leon Blum presentaba en Francia la guerra civil, cuando el famoso mitin del 6 de febrero reunía a las fuerzas fascistas, cuando las milicias de las «Jeunesses patriotes» y los «Croix de Feu» se lanzaban a la calle con porras de caucho y de plomo para atacar a los judíos, a los izquierdistas, a los «metecos», cuando Charles Maurras y el coronel Larocque y Doriot exaltaban los ánimos de la extrema derecha, François Mitterrand participaba en las luchas callejeras del barrio latino, como miembro de una agrupación católica de izquierdas cuyos inspiradores eran François Mauriac —hoy el principal defensor de De Gaulle— y Bergery —que terminó después junto a Pétain, lo que le borró después para siempre de la política—. Mitterrand comenzó la política como un luchador callejero. Es fuerte, brillante, audaz, incansable. Tiene las carreras de Ciencias Políticas, Letras y Derecho. Hizo la guerra como soldado; herido, fue hecho prisionero por los alemanes y después de dos tentativas de evasión lo consiguió a la tercera, lo cual le llevó directamente al despacho del general De Gaulle en Argel, en 1943. Desde el primer momento los dos hombres se rechazaron. Mitterrand encontró en De Gaulle todo lo que odiaba: autoritarismo, frialdad, cautela, silencio. Mitterrand, que entonces se hacía llamar Capitán Monnier —para no comprometer a su familia que estaba en la Francia ocupada por los alemanes— no quiso participar en la Asamblea provisional de Argel, y se fue a Londres para continuar la lucha. Tras la libe-

OLITICO DE FRANCIA

ración fue nombrado secretario general de la organización de Prisioneros y Deportados, pero no pudo soportar a De Gaulle y dimitió su cargo para dedicarse a la política. Fundó un periódico («Libres»), creó una editorial. Se presentó por su cuenta a unas elecciones para la Asamblea; las perdió, y entonces se sumó al partido radical, por el cual fue diputado en 1946. Meses después era ministro. Prácticamente ya no dejó de tener una cartera ministerial —salvo breves interrupciones— hasta que en 1953 dimitió para oponerse a la política francesa en Argelia, Marruecos y Túnez; Mendes France le recuperó, y Mitterrand se consideró siempre amigo y discípulo suyo. Cuando el 2 de junio de 1958 se planteó la investidura del general De Gaulle como Presidente del Gobierno, Mitterrand, que había sido diez veces ministro a los cuarenta y dos años, pronunció un feroz discurso en contra. Desde entonces se ha mantenido en la oposición y ha sido víctima de varios ataques de la OAS. Uno de ellos le hizo un daño irreparable. Se trata del llamado «Atentado del Observatorio». Mitterrand fue atacado a disparos de ametralladora en la proximidad de los jardines del Observatorio, en los cuales se refugió. Cuando denunció el caso y se detuvo a los autores de los disparos, éstos dijeron que habían sido contratados por el propio Mitterrand para fingir el ataque y hacerse así propaganda política: suministraron pruebas muy válidas de su declaración. Mitterrand contraatacó: esas pruebas, dijo, estaban prefabricadas y el verdadero avance del complot era precisamente ese: no matarle, pero sí desprestigiarle. El fondo del asunto no se ha aclarado jamás, y sea cual sea su origen, arrojó el desprestigio sobre Mitterrand. No faltará ahora quien se lo recuerde. No será De Gaulle ni Pompidou —no entra en sus normas políticas— sino Tixier-Vignancourt, el candidato de la extrema derecha que no pone límite a su palabra. Es de suponer que Mitterrand habrá contado con esa eventualidad y que tendrá respuestas, y quizá pruebas, preparadas. Toda su historia contribuye a hacer de Mitterrand un hombre brillante, capacitado, atractivo para muchos electores. Se le empieza a llamar el «Kennedy francés». Mitterrand no oculta su admiración por Kennedy.

PERO, ¿cuáles son sus posibilidades? Para saberlo habría que despejar la gran incógnita de las elecciones francesas, y la incógnita secundaria: esto es, si De Gaulle se va a presentar o no, y cuáles son los planes de Pinay. Hasta ahora todo el mundo aseguraba que De Gaulle estaba decidido a presentarse y que sus reservas, su silencio, no tenían más objeto que desorientar a la oposición. Ahora, hay una cierta corriente según la cual, el general —«pálido, cansado, envejecido»— no será candidato, y lo que está haciendo es preparar el terreno para su delfín, Pompidou. No lo veo tan claro. Sobre todo, tras el éxito inicial de Mitterrand al conseguir la coalición de izquierdas. Pompidou no es un candidato válido: no tiene mordiente, no tiene público, no tiene personalidad. De Gaulle no ha permitido que la tenga; ahora es demasiado tarde para hacerla. La idea de un degolismo sin De Gaulle me parece enteramente absurda. El degolismo no es nada: no es una doctrina, no es una política no es una filosofía: es un hombre y un mito, la irradiación de una leyenda consolidada hace veinticinco años y la extraordinaria actuación actual del titular de esa leyenda que le hace aparecer —hoy que no existe Kennedy, que no tiene poder Kruschef— como el animal político más impresionante de nuestro tiempo —quizá con la excepción de Mao Tsé-Tung, al que también los años llevan lentamente hacia el retiro definitivo—. El día que desaparezca De Gaulle, el degolismo se fundirá como una bola de cera al sol. Si el general elige no presentarse, dejará a Pompidou desamparado ante la coalición de izquierdas y ante la alternativa de Pinay. Si tomamos en cuenta los resultados electorales de 1962 encontraremos que los cuatro millones de votos comunistas, los 2,3 millones socialistas, el millón y medio de los radicales y otras fuerzas de izquierda, sumaban un total de casi ocho millones de votantes de izquierda frente a menos de seis millones reunidos por el UNR degolista, en un total de diecinueve millones de sufragios expresados (cifras redondeadas). La acumulación de nuevos votantes en los tres años transcurridos es incluso favorable a esa coalición de izquierdas: la juventud no es degolista. Aun así, en una elección directa en la que se oponen dos figuras, Mitterrand y De Gaulle, me caben personalmente escasas dudas de que la fuerza del

Por EDUARDO HARO TECGLÉN

mito De Gaulle sería superior a las ofertas de regreso a la democracia que ofrece Mitterrand. No será el mismo caso el de Pompidou. Si De Gaulle se retira, hundirá su partido y su sucesión.

Porque, además, aparece el tercero en discordia: Pinay. El hombrecillo del sombrero redondo y el rostro astuto sigue sin aclarar sus propósitos; sigue negándose a presentarse, pero sigue sin romper el diálogo con quienes le solicitan —una confederación de derechas—. Se ofrece para casos de urgencia: para una guerra civil o para el caso de que Francia «tratase de romper su sagrada alianza con los Estados Unidos». El hombrecillo espera a saber la decisión de De Gaulle. Si el Presidente se presenta de nuevo, Pinay no lo hará, porque está seguro de su derrota. Si lo hace Pompidou, Pinay decidirá quizá su reaparición. Lo cual podría situar a la derecha en la misma posición en que hasta ahora se encontraba la izquierda: la división frente a una coalición fuerte. Pompidou contará con algunos millones de votos de los degolistas fieles, pero otros se los llevará Pinay, sin contar con los que arrastre el candidato fascista, Tixier Vignancourt. En realidad, De Gaulle no teme a Pinay. Se ha presentado demasiado claramente como «el hombre de los americanos» para ser popular. Y su edad no es tampoco una promesa: los que temen que De Gaulle sea demasiado viejo para aceptar el poder por siete años no deben olvidar que Pinay cumple setenta y cuatro años un mes después de que De Gaulle cumpla los setenta y cinco.

Es probable que en la intención de De Gaulle está ahora volver a presentarse y crear una ley de sucesión que le permitiese después retirarse, dejando instalado en el poder a su delfín Pompidou —si se retirase ahora, el sucesor sería su gran enemigo el presidente del Senado, Gaston Monnerville—, con la esperanza de que éste, desde el poder máximo del país, pudiese crear un «pompiduismo», un «golismo sin De Gaulle» que hoy, prácticamente, no existe.

Todos estos cálculos son ahora prematuros, son vanos. En los tres meses que han de transcurrir hasta las elecciones del cinco de diciembre habrá, sin duda, sorpresas, cábales, coaliciones. Podría incluso ocurrir que se deshiciese la agrupación de la izquierda...

DE momento, el hecho histórico es que esta coalición existe, porque por primera vez, desde hace dieciocho años —desde 1947—, los comunistas forman parte de una agrupación nacional. Su última aparición fue en el Gobierno provisional del general De Gaulle; a partir de entonces, el anticomunismo de la política occidental, el peso de los Estados Unidos sobre Europa, la guerra fría, les llevaron al ostracismo. Es curioso que pueda atribuirse a la política del general De Gaulle el «deshielo» del partido comunista: su separación de los Estados Unidos, su reconocimiento cálido de China, su nueva amistad con la URSS y los países del Este de Europa han hecho cambiar la mentalidad francesa hasta el punto de que hoy se pueda contar con los comunistas precisamente para combatir a De Gaulle. Puede objetarse que el comunismo, hoy, no presenta las mismas características que en la época de Stalin; pero, precisamente, el partido francés ha sido el más duro, el menos abierto a los cambios sugeridos por el XX Congreso —a diferencia, por ejemplo, del italiano—. Lo que ha sucedido en realidad en Francia es que la izquierda ha tomado conciencia de su desmigajamiento. Su parcelación procedía directamente del anticomunismo de la posguerra, y no hay posibilidad de formar una coalición coherente sin contar con los por lo menos cuatro millones de votos comunistas. Repito una vez más que, objetivamente, considero que esta consolidación es muy precaria y que costará mucho trabajo sostenerla porque las desconfianzas mutuas no han desaparecido del todo; y muy especialmente porque el partido socialista —o los distintos partidos socialistas franceses— tratarán de deshacerla en un momento dado (el grupo del P.S.U. está decididamente en contra). El que ese momento se sitúe antes o después de las elecciones presidenciales es la incógnita actual.